



**PROGRAMA 10 DE LA TEMPORADA 150  
DE LA ORQUESTA SINFÓNICA DEL ESTADO DE MÉXICO**

**Bacanal de Sansón y Dalila** **8'**  
Camille Saint Saëns.

**Concierto para piano No. 5  
en Fa Mayor, Egipcio** **30'**  
Camille Saint Saëns.

- I. Allegro animato
- II. Andante
- III. Molto allegro

**Sinfonía No. 9, Desde el Nuevo Mundo** **45'**  
Anton Dvořák.

- I. Adagio - Allegro molto
- II. Largo
- III. Scherzo. Molto vivace - Poco sostenuto
- IV. Allegro con fuoco

Sergio Vázquez, pianista  
Enrique Patrón de Rueda, director huésped

**Sergio Vázquez, pianista.**

Considerado uno de los pianistas más activos y versátiles de México, su actividad va del recital a la música de cámara y sinfónica, acompañamiento y coaching vocal. Ha tocado en importantes teatros de Estados Unidos y Cuba, y en ciudades como París, Londres, Madrid, Palma de Mallorca e Ibiza, así como los principales recintos en México.



## **Enrique Patrón de Rueda, director**

Ha sido director musical de la Compañía Nacional de Danza de Bellas Artes, de la Ópera de Colombia, de la Ópera de Bellas Artes de México, de la Orquesta del Teatro de Bellas Artes, de la Compañía Nacional de Ópera y de la Temporada de Ópera-Concierto de la Filarmónica de la Ciudad de México. Ha dirigido todas las orquestas del país en los más importantes recintos y numerosas óperas con los más eminentes cantantes del mundo..



## **PROGRAMA 10 DE LA TEMPORADA 150 DE LA ORQUESTA SINFÓNICA DEL ESTADO DE MÉXICO por JOSÉ MARÍA ÁLVAREZ**

### **CAMILLE SAINT-SAËNS**

Nació en París, Francia, el 9 de octubre de 1835.  
Murió en Argel, Argelia, el 16 de diciembre de 1921.

### **Bacanal, de la ópera *Sansón y Dalila***

Instrumentación: 3 flautas (la tercera alterna con pícolo), 3 oboes (el tercero alterna con corno inglés), 3 clarinetes (el tercero alterna con clarinete bajo), 3 fagotes (el tercero alterna con contrafagot), 4 cornos, 4 trompetas, 3 trombones, 1 tuba, timbales, 4 percussionistas, arpa y cuerdas.

Duración aproximada: 7 minutos.

Apodado por Charles Gounod (1818-1893) como “el Beethoven francés”, la música de Saint-Saëns es producto de su irrestricto conocimiento de la fresca sinfónica de Franz Josef Haydn (1732-1809), la luminosidad de Mozart (1756-1791), la arquitectura de Johann Sebastian Bach (1685-1750) y la imaginación de Jean-Philippe Rameau (1683-1764). En su nutrido catálogo de composiciones, que incluyen prácticamente todas las combinaciones instrumentales y vocales, podemos destacar sus doce óperas de las cuales sólo Sansón y Dalila ha logrado trascender hasta nuestros días.

Terminada en 1877, cuando el compositor de 42 años estaba recién (y al principio felizmente) casado con una joven de la mitad de su edad, Sansón y Dalila destaca en la producción dramática de Saint-Saëns como una ópera de inspiración sin límites.

Al igual que Sansón de George Frideric Handel (1685-1759), el relato bíblico de fe, fuerza y sensualidad fue concebido inicialmente por Saint-Saëns como un oratorio, un género que supo cultivar con gran éxito. Había comenzado la obra en 1869, cuando recibió el libreto de su primo, Ferdinand Lemaire (1832-1879) pero su génesis se vio interrumpida durante dos años a causa de la Guerra franco-prusiana.

Franz Liszt (1811-1886) escuchó hablar de la ópera una vez terminada; intrigado por su tema y por su curiosa combinación de ópera y oratorio, organizó su estreno mundial en Weimar en 1877, traducida al alemán. Trece años más tarde, la Ópera de París presentó la primera producción en francés, después de lo cual la pieza pasó a formar parte del repertorio de compañías de ópera de todo el mundo.

Sansón y Dalila está basada en el episodio bíblico contenido en el Libro de los Jueces del Antiguo Testamento en el que Sansón, un líder de Israel, es seducido por la bella princesa de los filisteos. Ella, Dalila, descubre que el secreto de su gran fuerza reside en su cabello, que nunca ha sido cortado. Ella lo captura, le corta la cabellera y lo mantiene prisionero. Los filisteos lo ciegan y lo llevan al gran templo de Dagón donde ocurre una bacanal con la que los filisteos celebran su triunfo sobre Sansón y, por ende, sobre los hebreos.

El seductor solo de oboe con el que inicia la Bacanal delinea el carácter de la danza orgiástica, cuyo ritmo se hace cada vez más intenso, al tiempo que los alientos tocan un tema parecido a una melodía de un encantador de serpientes y que da paso a un apasionado pasaje en las cuerdas. En la ópera, después de tornarse más salvaje esta desenfadada y sensual danza bacanal, Sansón ora para recuperar sus fuerzas y derriba el templo sobre sus captores.

## **CAMILLE SAINT-SAËNS**

### **Concierto para piano y orquesta núm. 5 en fa mayor, Op. 103, Egipto**

- Allegro animato
- Andante
- Molto allegro

Instrumentación: Piano solista. 2 flautas, 1 pícolo, 2 oboes, 2 clarinetes, 2 fagotes, 4 cornos, 2 trompetas, 3 trombones, timbales, 1 percusión y cuerdas.

Duración aproximada: 29 minutos.

Saint-Saëns fue el primer gran compositor francés que escribió conciertos con instrumento solista, entre los que se encuentran sus cinco Conciertos para piano, pensados para el lucimiento virtuoso de su autor. Poseedor de un oído absoluto, cuando Saint-Saëns tenía seis años de vida ya escribía canciones y a los diez años, dio su primer concierto público en la Sala Pleyel parisina con el Concierto núm. 15 de Mozart (1756-1791) y de encore ofreció al público tocar cualquiera de las 32 Sonatas de Beethoven (1770-1827) que sabía perfectamente de memoria. Saint-Saëns era capaz de escribir una pieza musical durante una tertulia y al terminarla podía llevarla directamente a la imprenta sin siquiera haberla revisado. Además, Saint-Saëns profe-

só la astronomía, la arqueología, la botánica, era un fino caricaturista y, por si eso fuera poco, se dio tiempo para escribir obras de teatro y poesía.

Otra de las pasiones de este músico era explorar nuevos países para escapar de los fríos inviernos parisinos. De tal suerte, buscaba climas soleados en España, las Islas Canarias, Egipto o Argelia. Justamente en uno de esos viajes, en El Cairo en 1896, fue que Saint-Saëns terminó su Quinto concierto para piano entre los meses de marzo y abril. En esta obra mostró su independencia de las tendencias musicales en boga, como el exacerbado wagnerismo que ya tenía hartos a los franceses, con un discurso fresco, brillante, cálido y en la que impera ciertos colores orientalistas en su movimiento.

El nombre con el que se le conoce a este Concierto, Egipcio, responde más al lugar donde fue concebido que por su mero contenido estético. En ese sentido, la única de sus secciones que cuenta con un marcado exotismo es el segundo movimiento, pero más apegados al característico sonido del gamelán proveniente de Java y Bali, y que aparentemente Saint-Saëns conoció en la Exposición Universal de París de 1889. De hecho, las variadas influencias de este fascinante movimiento parecen reflejar el amor del compositor por los viajes, que también lo llevaron a lugares como Rusia, América del Sur, Estados Unidos, Escandinavia e Indochina.

Aun así, hay que hacer notar que la más clara influencia egipcia en este Concierto se escucha en una seductora sección basada en una canción de amor nubia que el compositor escuchó cantada por barqueros del Nilo. Luego aparece una melodía oriental acompañada por la evocación del canto de los grillos y el croar de las ranas (como lo aseguró el propio Saint-Saëns), con sutiles apariciones del clarinete y el gong.

El movimiento inicial posee una calidez y serenidad que sugieren la influencia del clima de Oriente Medio. Su genial sencillez y encanto son completamente característicos de la mejor música del compositor. Y en cuanto al movimiento final, Saint-Saëns comentó que expresaba "la alegría de cruzar el mar, una alegría que no todos comparten". Aquí casi se puede notar la imitación del sonido de los motores de un barco en los primeros compases para dar paso a una sección protagonizada por la obsesión rítmica de este músico. Saint-Saëns adaptó este movimiento como parte final de su Segundo libro de Estudios para piano en 1899.

El Quinto concierto para piano de Saint-Saëns fue escuchado por vez primera el 2 de junio de 1896 con el compositor en la parte solista acompañado por la Orquesta de la Sociedad de Conciertos de París dirigida por Paul Taffanel (1844-1908) en la Sala Pleyel. Su partitura está dedicada a su colega pianista Louis Diémer (1843-1919).

## **ANTONÍN DVOŘÁK**

Nació en Nelahozeves, República Checa, el 8 de septiembre de 1841.

Murió en Praga, República Checa, el 1 de mayo de 1904.

### **Sinfonía núm. 9 en mi menor Op. 95, *Desde el nuevo mundo***

- Adagio - Allegro molto
- Largo

- Scherzo. Molto vivace
- Allegro con fuoco

Instrumentación: 2 flautas (la segunda alterna con pícolo), 2 oboes, 1 corno inglés, 2 clarinetes, 2 fagotes, 4 cornos, 2 trompetas, 3 trombones, 1 tuba, timbales, 1 percusionista y cuerdas.

Duración aproximada: 40 minutos.

La historia de cómo surgió la última Sinfonía que compuso Dvořák está íntimamente ligada a su paso por tierras estadounidenses. A principios de la década de 1890 este músico fue designado director del Conservatorio de la ciudad de Nueva York, cuestión que le convenía enormemente en lo económico pero que de cierta forma lo haría infeliz, sobre todo por la lejanía de su patria. Aunque su trabajo académico en América no resultó muy fructífero para muchos, en el aspecto creativo muchas cosas ocurrieron para Dvořák mientras se encontró lejos del hogar.

Una de las actividades a las que el músico dedicó sus vacaciones de verano fue a trabajar incesantemente en una comunidad de bohemios inmigrantes en la localidad de Spillville, Iowa. Ahí se daba tiempo para componer y dedicaba largos ratos a la lectura. En una de sus aventuras literarias encontró La canción de Hiawata de Henry Wadsworth Longfellow (1807-1882) y que, al parecer, lo conmovió en diversas formas: lo sensibilizó por la vida campestre americana y le hizo añorar su tierra natal en mayor medida. Así fue como surgió en su cabeza uno de los temas fundamentales de una nueva partitura y cuya melodía estaría conferida al corno inglés.

La partitura completa cobró vida en tan sólo veinte días del verano de 1893, precisamente en Spillville, y al enviar a Europa la que se convirtió en su Novena sinfonía a su editor Fritz Simrock (1837-1901) incluyó una anotación en checo del propio compositor que rezaba que la obra era enviada “Z nového světa” (“desde el Nuevo Mundo”), frase con la que se asocia a esta partitura desde su estreno.

Mucha gente ha referido que si la Sinfonía fue bautizada así por Dvořák (aunque ¡me cachis! sólo fue una anotación al margen del autor) es porque en esta música pueden encontrarse muchos indicios de la música popular estadounidense. Se habla desde danzas apaches hasta spirituals y un infame director de orquesta (desafortunadamente mexicano, cuyo nombre no quisiera mencionar) llegó a decir en la televisión nacional que la pujante melodía inicial del cuarto movimiento delineó los inicios del rock n’ roll ¡Hágame usted el favor!

Ciertamente, las dos cosas son verdaderas; Dvořák nunca decidió dar tal nombre a su Sinfonía debido a que incluía los rasgos del folclor americano, aunque es evidente que algunas secciones de su discurso son algo distintas a lo que él siempre acostumbró. Es importante decir que aquella melancólica melodía del corno inglés en el segundo movimiento no fue tomada directamente de la tradición popular americana; al contrario, esta melodía dio pie para que posteriormente William Arms Fisher (1861-1948) le pusiera letra y se le conociera como un canto espiritual llamado Goin’ Home. Lo más cercano a la música popular negra es una supuesta cita que el autor hace del spiritual Swing low, Sweet Chariot en el desarrollo del primer movimiento,

pero muchos entendidos han señalado que el parecido melódico es una mera coincidencia y no fue intencional del músico bohemio.

Definitivamente, el empuje, perfección y maestría general de la Novena de Dvořák reside más en su madurez artística y en la nostalgia por la patria que por cualquier influencia estadounidense. La obra fue estrenada el 15 de diciembre de 1893 con la Sociedad Filarmónica de Nueva York y la batuta de Anton Seidl (1850-1898). Casi un año después el propio autor empuñó la batuta para estrenarla en Praga y en 1896 Hans Richter (1843-1916) fue el encargado de presentarla en Viena y gracias a lo cual Dvořák alcanzó el mayor de sus éxitos en aquella ciudad de toda su carrera. Muchas de las leyendas que acompañan a esta Sinfonía y comentarios vertidos por especialistas como “una obra estadounidense realizada por un checo o una obra checa con superficiales rasgos americanos” pueden ser nulas ante las propias palabras de Dvořák. El director que primero dirigió la Novena, Seidl, anunció que la partitura estaba plagada de “música india”; más tarde, hacia 1909, el director del Conservatorio de Berlín, Hermann Kretzschmar (1848-1924), declaró que Dvořák había utilizado “melodías americanas originales”. Sin embargo, la Novena sinfónica se estrenó en Berlín en 1900 con un alumno del compositor en la batuta, Oskar Nedbal (1874-1930), y antes de que el intérprete se dejara llevar por juicios ajenos Dvořák decidió enviarle una misiva en la que era muy claro con el contenido de la Sinfonía: “No crea usted en las leyendas de música americana que parecería existir en esta música. Es absoluta música bohemia.”